

## INTRODUCCIÓN

Hay personas cuyas voces resuenan a través de los siglos, personas que, incluso después de haber desaparecido, poseen la rara capacidad de permanecer con nosotros sin esfuerzo alguno. La voz de Bessie posee esa cualidad. Atribulada durante casi toda su vida, Bessie sigue atribulándonos. Si se os ocurriera preguntarle sobre cualquier cosa de las que suceden hoy en día, desde las inundaciones hasta el cambio climático, el coronavirus, el Black Lives Matter, el Me Too o la crisis de los refugiados, encontraríais la respuesta en sus elaboradas y aún reverberantes narraciones en forma de blues. Podríamos encontrar una correspondencia entre cualquiera de los problemas y angustias de nuestra época y su música. Los blues no son cosa del pasado. Los blues de Bessie se mantienen vigentes.

Sus narraciones son incluso escalofriantemente proféticas: cantó sobre inundaciones, sobre abuso sexual, sobre crisis económicas, sobre cambios súbitos de circunstancias, cambios en el amor. En la actualidad, no hay nada que la vida pudiera echarle encima que fuera a sorprenderla. Sus blues buscaban la verdad... La verdad en toda su multiplicidad;

la dura verdad, la verdad más inopinada, la verdad sobrenatural. En el mundo de los blues de Bessie, la verdad absoluta posee un atractivo peculiar. En estos tiempos absurdos, donde identificar la verdad es todo un reto, la voz de Bessie suena pura y sincera. Cuenta las cosas como son. En ella no hay fingimiento. Y como no temía dar testimonio de su época, hablar del racismo y del Ku Klux Klan, de las desigualdades y de las diferencias de clase, de la hipocresía y de los peligros de la fama, también logra dar testimonio de nuestros tiempos. Los pioneros no solo marcan la senda en su propia época; también refractan y reflejan la presente. Los pioneros pueden hacer ese truco de magia que consiste en ser actuales en cualquier época.

Cuando cumplí doce años, mi padre me compró mi primer disco doble. Era *Any Woman's Blues*, de Bessie Smith. Me fascinaba la imagen doble exterior de la carpeta, la Bessie sonriente y la triste. No tardé mucho en convertirla en parte de mi familia negra imaginaria, no tardé en sentir no solo que ella era parte de mí, sino que yo era parte de ella. Era como un ser querido. Como alguien de la familia. Había algo en ella que parecía corresponderse con algo que había en mí. Bueno, eso es lo que pensamos de las personas cuyos textos, música o arte amamos: no es tanto que veamos algo en su trabajo, sino que estamos lo suficientemente sugestionados como para imaginar que podrían comprendernos, aprehender el complejo funcionamiento de nuestras mentes. Son como almas gemelas. Sentimos que nos conocen, que nos conocen íntimamente.

Ahora, más de veinte años después de haber escrito sobre Bessie por primera vez, esa sensación está tan arraigada en mí que me resulta un poco incómodo manifestarla. Es como manifestar lo obvio. A día de hoy, soy mayor de lo que ella llegaría nunca a ser, veinte años mayor, pero, así y todo, no

me resulta difícil imaginarla con cincuenta y siete o setenta y siete años. Y no me resulta difícil porque las personas que eliges para que te acompañen no mueren, sino que sostienen uno de los singulares espejos de la vida. Ya no eres la jovencita que adoraba a Bessie Smith y bailaba al son del blues en la sala de estar. Eres una mujer de cincuenta y siete años cuyo singular reflejo en el espejo expectante quizá entendería Bessie. Ya no eres la misma. Has cambiado físicamente, emocionalmente; has aprendido y desaprendido distintas cosas, pero aún amas a Bessie. Es una de esas amigas a las que acudes buscando consuelo y comprensión cuando las cosas se tuercen y empeoran.

Bessie Smith es el antídoto perfecto para esas épocas. No miente. Su voz sigue siendo auténtica. Sus historias parecen aún más acuciantes. Sigue teniendo problemas. Su entrecejo sigue fruncido. Amar sus blues, el timbre preciso de su voz, ya no parece una cuestión de gusto o de elección. Es más profundo que eso. No sé cómo se me ocurrió la idea, en 1996, cuando escribí *Bessie*, de escribir simultáneamente sobre su vida y sobre la mía. Qué extraño, tratar de hacer ambas cosas al mismo tiempo. No me interesaba escribir la típica biografía estándar. Creo que lo que me interesaba era saber hasta qué punto nuestros intereses y pasiones forman parte de nuestra propia identidad... Cómo hacemos lo que tenemos que hacer y nos convertimos en nosotros mismos, hasta qué punto somos una mezcla de muchas cosas. Me interesaba el punto de intersección.

En la época en la que estaba trabajando en mi novela *Los blues de Joss Moody*, Nick Drake me sugirió que hiciese un alto en lo que estaba escribiendo y, en su lugar, eligiese un icono gay y escribiese sobre él. Fue muy raro. Me estaba costando encontrar el tono adecuado para contar la historia de *Los blues*

*de Joss Moody...* y, curiosamente, volver al blues y sumergirme en Bessie y sus contemporáneos esclareció la voz de *Los blues de Joss Moody*. Empecé a considerar el estilo del libro como una pieza musical. Todo el capítulo de *Los blues de Joss Moody* titulado «Música» se inspiró directamente en la idea de cómo el blues derivó en el jazz. Trataba de encontrar una metáfora para esa fluidez en nuestras propias identidades de género. Lo que tenía en mente es que imaginamos estados de identidad estáticos, cuando en realidad son fluidos. Había llegado a la conclusión de que, a mi protagonista, Joss Moody, que había decidido presentarse ante el mundo como hombre, lo llamaría «él», y que referirse a él como «ella» sería una especie de ofensa. Escribir sobre Bessie y sus blues, sobre su identidad, tan fluida, sobre cómo se sentía igual de cómoda adornada con perlas y plumas como vestida con un traje de hombre, me permitió crear a Joss Moody. Ambos libros están hermanados. Escribir sobre Bessie desencadenó algo y *Los blues de Joss Moody* cobró vida.

Veintitantos años después, es increíble cuánto han cambiado las cosas en un espacio de tiempo tan relativamente corto. La evolución en la actitud hacia las personas gay y trans ha sido probablemente el mayor cambio social de nuestro tiempo. Eso no quiere decir que ya no existan los prejuicios... pero, en cualquier caso, todos los términos que tan rápidamente se han convertido en parte de nuestro nuevo vocabulario habrían sido inimaginables en el pasado; hemos venido a dar en un idioma cambiante sobre nosotras mismas, aún en evolución, aún abierto al cuestionamiento, aún recibido con escarnio en algunos ámbitos, pero que, no obstante, ha reconfigurado la perspectiva del género que prevalecía hace tan solo veinte años. Lo quiero todo todito, cantaba Bessie.

Puedo ver a mi padre, que murió el año pasado, sentado en su sillón y cantando «Nobody Knows You When You're Down and Out». Puedo ver cómo paladea la letra: el concepto de que las personas son volubles y el capitalismo es una farsa. Puedo ver el disfrute de la filosofía que subyace en el blues. El blues tiene algo de igualitario y equiparador. Encierra sanas lecciones. Hay un tremendo salto cualitativo en el espacio que media entre «hubo un tiempo en que viví una vida de millonario» y el ahora... y nadie te va a salvar. Podría haberse predicho esa caída en los abismos. No hay adónde acudir. A mi parecer, por cómo mi padre cantaba a Bessie, cualquiera que hubiera sido pobre alguna vez, aun sin necesidad de haber sido rico jamás, podía entender la caída en desgracia y podía empatizar. Cualquiera podía intuir la frivolidad de las personas adineradas. Podía empatizar con el trauma de alguien abandonado a su suerte después de haber tenido «amigos». Con las historias de los blues —los blues de Bessie, pasar de ser algo a ser nada, de ser feliz a ser desgraciada, de disfrutar del amor a perderlo, de ser aclamada a ser ignorada—, aquellas trayectorias funestas que nos rodeaban. Eran la vida real. El motivo por el que adoraba los blues era porque de ningún modo me daban la sensación de ser inventados. Manaban de la fuente de la vida, del auténtico pozo de la vida, y, bueno, en su camino se abastecían del pozo de la soledad, daban pie a una especie de transformación, a un cambio. Si eres capaz de reconocer a ese otro que hay dentro de ti, ese otro lado, quizá entonces tu vida pueda ser relevante en algún aspecto que ni siquiera habías imaginado.

El blues marcó el camino. Es difícil imaginar gran parte de la música —jazz, rap, house— sin el precedente del blues. Podemos rastrear la etimología del blues, la stirpe magnífica del blues, y descubrir que es cautivadora, fascinante, algo así

como meterse en una web de genealogía y buscar a nuestros ancestros. Los cantantes de blues son la voz ancestral, esa que aún se escucha... Esas evocaciones, esas llamadas insolentes y afligidas. Los blues de Bessie son de candente actualidad. Ella nos llama y, a años y kilómetros de distancia, nosotros respondemos.